

## LA CONCIENCIA AMOROSA

Veamos, pues, desde el punto de vista de la experiencia inmediata y prescindiendo de toda hipótesis física o metafísica, qué es el amor. ¿Qué entendemos por conciencia amorosa en el curso espontáneo de la vida humana? ¿Cuál es su sentido y su función en la orientación de la vida misma y en su relación con el mundo que nos circunda? Las teorías naturalistas, al intentar una "explicación" de las cosas, incluyen en ellas el amor y la vida y los refieren o reducen a otras realidades distintas. No nos dicen nunca, en realidad, lo que el amor *es* en sí mismo. Visto ya, a través de sus análisis, lo que *no es* el amor queda abierta la ruta para fijar su naturaleza esencial. Puesto en claro que no puede el amor reducirse a la simple apariencia epifenoménica de una supuesta realidad subyacente trataremos de indicar qué es el amor en sí mismo, frente a otras realidades más o menos conexas, pero, en esencia, distintas.

Es preciso advertir, ante todo, la rica multivocidad de la palabra amor. Amor se dice de las realidades y relaciones referentes a la totalidad de la vida sexual. Indica, en el lenguaje corriente, aquello que se halla más íntimamente enlazado con las tendencias y los apetitos libidinosos. Se habla de un amor paternal, de un amor al prójimo, de un amor a la ciencia, de un amor al arte, del amor de Dios. Desde la simple tendencia afectiva y efusiva que se manifiesta en todas las formas de la simpatía, hasta la pura contemplación desinteresada que se sublima en la clásica fórmula de la venus Urania o en las delectaciones de los deliquios místicos, el amor aparece y reaparece en todos los ámbitos de la vida y se vincula a todas las formas de lenguaje.

Frente a la desorientación reinante necesitamos una determinación precisa que no dé lugar a confusiones. Para conseguirla intentaremos destacar, en el complejo de sugerencias que se cruzan e imbrican al pronunciar la palabra amor, un sentido preciso e inequívoco. Quisiéramos decir con pureza lo que el amor es dondequiera que surja o desaparezca. Sólo así nos será posible plantear con rigor los problemas de la vida amorosa.

### *Determinación formal: la conciencia amorosa*

Para conseguir nuestro objeto esbozaremos, en primer lugar, una determinación formal, casi semántica. Añadiremos luego unas notas descriptivas que nos permitan fijar el contenido de la palabra. Precisaremos, median-

te la primera, aquello a que nos referimos para evitar objeciones incongruentes. Mediante la segunda, trataremos de discriminar los caracteres distintivos del fenómeno del amor, dándole un volumen y un relieve concreto que defina su perfil.

Adviértase, en primer lugar, que en todo lo que sigue no nos referimos para nada a proceso alguno de la vida psicofisiológica. No es el amor impulso sexual, ni simpatía sentimental, ni contemplación desinteresada, aunque todos y cada uno de ellos puedan acompañar ocasionalmente al amor. No se trata de un proceso psíquico ni de un conjunto más o menos unitario de procesos. Hay múltiples procesos en los cuales interviene o puede intervenir el amor. La calidad típicamente amorosa no se resuelve íntegramente en ninguno de ellos. Frente a toda tendencia sentimental o apetitiva, impulso o deseo, delirio o pasión, destacaremos el amor como una actitud radical de la conciencia y la vida. Típico de él es que el amante adopta ante la persona o cosa amada una actitud inconfundible.

Es esencial ahora para nosotros esta diferencia fundamental entre un proceso empírico de la vida psíquica y una actitud radical de la conciencia. Es el proceso psíquico una corriente complicada de fenómenos, en la cual intervienen las actividades de las esferas más heterogéneas del espíritu y de la vida, desde los más delicados del pensamiento y de la sensibilidad hasta los más próximos a la vitalidad primaria. El predominio mayor o menor de cada una de ellas pone el acento en el conjunto, le confiere carácter, lo colora, lo matiza, orienta su curso y decide su nomenclatura. Así hablamos de procesos instintivos, voluntarios, emotivos, intelectuales, de juicio, de razonamiento, de recuerdo, de esperanza... En todos y en cada uno de ellos participa con mayor o menor intensidad la totalidad de la vida psicofisiológica. Aun en el proceso intelectual más abstracto intervienen resortes emotivos y secreciones glandulares.

Todo proceso es un curso causal que se desarrolla en el tiempo y a través del espacio, y en el cual una serie complicadísima de fenómenos surgen y desaparecen, se generan o se interfieren, se insertan y organizan en una unidad más o menos coherente. Una circunstancia cualquiera, interna o externa, suscita el curso causal. A partir de ellas, se extiende la conmoción a zonas más o menos amplias del organismo psicofísico y promueve una resonancia vital que palpita, discordante o armónica, y dibuja en el tiempo las líneas melódicas más diversas. Constelaciones y figuras múltiples ensartan y conectan los fenómenos y les prestan estructura y sentido. Según sea el factor predominante así será el proceso. Languidez y cólera, entusiasmo y depresión, apetito, cálculo, deliberación... son otros tantos ejemplos de realidades de esta clase.

Los procesos a su vez no se dan en la vida como todos cerrados y sin conexión. La biología y la psicología contemporáneas lo han visto y destacado de una manera cada día más precisa. Su figura compleja se inscribe profundamente en la totalidad de la vida orgánica, interviene en ella, la modifica y la transforma y es a su vez influida, moldeada, torcida y orientada por el resto de las actividades que cooperan y coadyuvan en la formación de una individualidad. La totalidad de la vida entra en todo momento

en conmoción. Así lo reclama y lo exige el hecho primario de la unidad funcional.

En su seno, los procesos mismos, como los factores de que constan, se engendran mutuamente y se transforman. Si en la multiplicidad de las funciones que intervienen secundariamente en ellos se destaca una en primer plano, cambia el perfil del conjunto y de un proceso surge otro distinto y aun opuesto. Así surge del "amor" el odio, del enervamiento el entusiasmo, de la indecisión la firme resolución de la voluntad... No hay en ello misterio alguno específico. De la misma manera el pan se convierte en sangre y la sangre en ilusión y aventura. Es el misterio prodigioso de la vida. Para deshacerlo y "explicarlo" basta indagar con finura la trama complicadísima de la determinación causal.

Ahora bien: en la multiplicidad fenoménica del organismo humano es la conciencia, en algún respecto, un factor entre otros muchos. Interviene en la serie de las causas y se complica con ellas. Su importancia varía según los momentos y las circunstancias de la vida. Es o puede ser resultado o iniciativa, producto o causa eficaz. Será acaso un factor excepcionalmente sutil y delicado, "la flor más pura de la actividad vital". Pero no se circunscribe aparte ni es fundamentalmente diversa del resto de las actividades que coadyuvan al desenvolvimiento de una individualidad.

Ninguna de las actividades mencionadas merece con plenitud la denominación de amor. La esencia de éste es independiente del curso empírico de los procesos que intervienen en la conciencia y en la vida. No es el amor, en sentido estricto, un "contenido" de la conciencia, sino una forma peculiar y permanente del espíritu, una actitud radical de la vida que condiciona los fenómenos y los contenidos y les presta una orientación y un sentido.

Claro es que en algún sentido, es el amor — el "amor puro" de que hablamos aquí — un fenómeno de conciencia. Es que hay en el uso de la palabra conciencia un equívoco que es preciso recordar. La conciencia es, de una parte, la "flor exquisita" de la vida de que hemos hablado antes. Pero, y prescindiendo ahora aquí del problema de la mayor o menor eficacia de su intervención en el curso de la existencia, es evidente que el "fenómeno" de la conciencia no se agota ni se define mediante la mención de aquella fácil metáfora. La conciencia, el aparecer de algo ante un sujeto, es una estructura bipolar, una referencia de un centro subjetivo a una realidad objetiva, mediante la cual el sujeto y el objeto quedan situados en una posición correlativa. En ella y por ella se despliega ante mí la perspectiva luminosa del mundo. El mundo objetivo se halla vinculado a una trama compleja de colores, sonidos, perfumes, formas, sentimientos, tendencias, impulsos, realidades e ilusiones, bienes y males... El contorno vital, el mundo que para mí es y vale y en el cual se desarrolla mi vida, aparece ordenado y jerarquizado desde un punto de vista, subordinado a un centro de referencia, claro u oscuro, transparente o borroso, frío o inmerso en una atmósfera emotiva que le otorga un temblor y la delicada lejanía de una realidad espectral. Y el sujeto adopta ante su contorno una actitud correlativa. La realidad del mundo no le es indiferente. Ante ella afirma o niega, aprueba

o desaprueba, se reserva o se entrega... De ahí se originan formas o tipos estructurales específicos de la conciencia y de la vida. No es lo mismo una vida orientada en el trabajo o en el juego, grave o frívola, atenta o desatenta, interesada o desinteresada... Y entre las formas o actitudes que puede adoptar la actividad de la conciencia, ante el mundo que le rodea, es una de las más radicales y decisivas, la más decisiva acaso, la que se mueve entre el amor y el rencor.

Claro es que, en algún respecto, estas dos posiciones o actitudes forman también parte de los procesos reales, empíricos; intervienen en ellos con mayor o menor eficacia y les prestan una fisonomía y una orientación. Pero en otro aspecto, en el sentido más fundamental, son anteriores y posteriores a los procesos y constituyen la estructura fundamental del espíritu. La corriente de la conciencia transcurre encuadrada bajo una articulación de actitudes y formas. Determinarlas en cada momento en sí mismas y en su mutua interdependencia dinámica, es función de la caracterología.

Múltiples procesos, los mismos procesos, largos o breves, intensos o débiles, armónicos o inarmónicos, coadyuvantes u opuestos... transcurren bulliciosos bajo el arco sereno de la conciencia amorosa. Claro es que, por este solo hecho, los mismos se hacen otros y aun los más diversos se impregnan de una misma coloración. La totalidad de la conciencia y de la vida adquiere una orientación peculiar. Cambia radicalmente la estructura de una persona según se halle dominada por la conciencia amorosa o por la conciencia rencorosa.

No es difícil, después de lo dicho, comprender la conveniencia de no usar la palabra "amor" para designar los procesos en que intervienen en forma más o menos decisiva fenómenos más o menos conexos con la realidad amorosa. Se prestaría a los más graves equívocos y a las incorrecciones más confusionarias. En este caso se hallan todos aquellos en que predominan los factores afectivos y apetitivos—apetitos, impulsos, tendencias, emociones, pasiones, simpatías, antipatías—. A ninguno de ellos se vincula propiamente el amor.

La actitud amorosa es una realidad específica e irreductible. A ella y sólo a ella nos referimos en las siguientes páginas. Se trata de describir el "amor puro" o, si se quiere, de delimitar con pureza el fenómeno del amor, prescindiendo de las circunstancias mudables de la vida en las cuales aparece o desaparece. Tal es la única entidad que merece de una manera inequívoca aquella denominación. Este uso tiene además su gloriosa tradición vinculada al nombre de PLATÓN y, a través de la historia, a todos los usos "puros" del amor.

### *Abundancia de la vida interior*

Prevía esta determinación formal intentemos ahora formular algunas notas características de la conciencia amorosa. Para llegar a ello será suficiente precisar las señaladas por las grandes tradiciones relativas al amor, separándolas, por el momento, de su sustentáculo metafísico y tratando de elevarlas a la unidad de una doctrina coherente. Intentaremos esquematizar

aquello que hay de esencial en las doctrinas filosóficas y en los arrebatos místicos, en las tradiciones galantes y en las estilizaciones poéticas.

Todas las notas así recogidas pueden agruparse, a nuestro entender, en cuatro apígrafos fundamentales: 1. El amor supone abundancia de la vida interior. 2. El sentido y el valor de las personas y de las cosas aparece a la conciencia amorosa en su radiación más alta. 3. Hay en el amor ilusión, transfiguración, *vita nuova* o *renovata*. 4. La plenitud del amor supone reciprocidad y, por tanto, en algún sentido, fusión.

Condición previa para la posibilidad de una actitud amorosa es la posesión de una rica plenitud espiritual. Contra lo que pensaba Nietzsche, el amor, en su fuente cristiana más auténtica, es, como vimos, una virtud de fuertes. La denominada "moral de los esclavos", en lo que tiene de cierto, nada tiene que ver con una ética fundada en el amor. El error proviene, como lo mostró certeramente SCHELLER, de la confusión del amor con una cierta vaga inclinación o simpatía hacia el prójimo, y especialmente hacia los seres desvalidos, desventurados y débiles. El amor se confundiría así con la efusión, la ternura, la tendencia a participar y compartir las emociones y los sentimientos ajenos. Toda actitud amorosa hallaría su fundamento en estos movimientos primarios de la vitalidad y todas sus formas derivarían genéticamente de una tendencia que arranca, en último término, de la compasión y de la piedad. De ahí las violentas diatribas de NIETZSCHE contra la moral cristiana vinculada a una doctrina de amor. Su glorificación de los mansos y humildes, de los pobres, miserables y hambrientos..., y en general de los débiles, representaría una inversión radical de los valores que lleva fatalmente a una concepción decadente de la vida y a la sumisión de lo superior a lo inferior.

Sin negar que estas cualidades y los procesos psicológicos en los cuales predominan intervengan ocasionalmente en la inclinación amorosa, evidentemente no la constituyen ni la definen en su estructura esencial. Nada más distinto del amor que las tendencias biológicas de simpatía o compasión. Estas, consideradas en sí mismas, pueden convertirse, en efecto, fácilmente en sentimientos enfermizos propios de espíritus decadentes. Aunque en ocasiones se compliquen y se confabulen con el amor no se confunden con él y en una cierta medida se le oponen incluso y lo niegan. No se funda el amor en la compasión. Por el contrario, la compasión y la piedad sólo adquieren sentido y dignidad en una conciencia previamente impregnada de amor. La bienaventuranza de los que lloran no es una invitación al llanto universal. Es más bien todo lo contrario: la aptitud de la vida amorosa para hallar, incluso en el llanto, la ventura y la alegría. "Y en la mayor languidez halla el amigo placer y exaltación" (LLULL).

Es posible que, en una buena medida, aquellas inclinaciones se funden o se compliquen con motivaciones egoístas de encogimiento y temor ante las dificultades y los dolores de la vida y en el deseo de escapar de ellos, mediante la consagración al prójimo, en un régimen de justa reciprocidad. Muchas de las máximas de LA ROCHEFOUCAULD, por ejemplo, se fundan en esta hipótesis y la llevan a sus últimas consecuencias. Sin entrar en la discusión de esta eventualidad, que no afecta a nuestra cuestión, es evidente

que ninguna de aquellas inclinaciones puede confundirse con el amor. Es el amor algo totalmente distinto y, en muchos respectos, contrapuesto.

Todas las inclinaciones e impulsos simpáticos son suscitados y promovidos en el alma por sentimientos y pasiones que suponemos en los demás. Dependen de un influjo y un contagio. No salen de nosotros mismos. Nos sentimos arrastrados por ellos. Nos sujetan, nos mueven y nos inclinan. De ahí el nombre de inclinaciones. No somos en ellas activos, sino pasivos. Pertenecen al régimen de las *pasiones*. El amor no es pasión, sino acción. No depende inicialmente de las circunstancias ni de las inclinaciones de los demás. Es iniciativa y espontaneidad, entrega gratuita y sin intención ni esperanza de recompensa ni aun de correspondencia. Descansa en una íntima necesidad del espíritu que se expande y halla en la expansión su goce supremo.

De ahí que el amor requiera vigor, fuerza, salud, abundancia... Sobre la vitalidad básica y arraigada en ella, brota la fuerza espiritual. El espíritu —el volumen entero de cualidades que se interponen entre el núcleo central y unitario de nuestra personalidad y el mundo en torno, el convoluto de sentimientos, ideas, secretas intenciones, recuerdos, angustias, afanes, esperanzas... todo aquello que es apto para traducirse en las palabras de una confesión... — Es la realidad de la cual depende que el amor sea o no posible. Según sea la calidad y el grado de plenitud de la "vida interior" así cambia la actitud del sujeto ante las personas y las cosas. Nada tiene de sorprendente que el cristianismo, que descubrió este reino, haya sido el instaurador de una moral arraigada en el amor.

La gran "perturbación" procede, en efecto, del cristianismo. Desde el momento de su aparición las cosas aparecen a través del espíritu y hallan atenuados y difusos sus contornos por la interpretación sutil y temblorosa de la intimidad personal. Frente al cosmos se constituye un microcosmos, y en éste se refleja y resuena la totalidad de lo real y lo posible. Todo se baña y anega en las aguas de la vida espiritual. Mediante ello el mundo se nos hace interior y se convierte en experiencia íntima, inefable e intransferible. Nadie es capaz de experimentar lo que yo experimento ni de sentir lo que yo siento. Fuera de mi intimidad la realidad del mundo se reduce a mera percepción "exterior", impersonal, abstracta y mostrenca, y las cosas a meras "cosas" insignificantes e indiferentes. Por la experiencia espiritual el mundo se hace mío, lo siento como cosa mía, íntimamente vinculada a mi personalidad y a mi destino. El espíritu impregna la totalidad de nuestro ser y del ser de las cosas entre las cuales vivimos. Como un halo sutil nos inunda y al mismo tiempo que nos proyecta más allá de nosotros mismos y nos permite vivir en el mundo y por el mundo, nos repliega, nos destaca y nos aísla e incluye el mundo entero en el ámbito de la intimidad. Mi centro personal se convierte en el centro del universo y el universo entero se vincula orgánicamente a mi vida. La realidad "exterior" se sitúa en una lejanía hipotética. Pierde propiamente su realidad. Sólo adquiere sentido vinculada y experimentada por el espíritu. Las cosas se vinculan a las personas. Fuera de la experiencia personal se reducen a meros símbolos de experiencias posibles. La intimidad se constituye en un

universo independiente capaz de absorber la vida entera y de proyectarse dinámicamente sobre las personas y sobre las cosas.

Este recinto llevado a su más alta sublimación es el castillo o morada interior de que nos habla la mística. Sólo él nos permite vivir en nosotros mismos e incluir en nuestra intimidad la totalidad de las cosas. El volumen del recogimiento y de la entrega correlativa depende del vigor de la vida espiritual. Un alma vigorosa recoge en su seno la totalidad de las cosas. Un espíritu mezquino vive en el seno de su propia vacuidad. A mayor intimidad mayor capacidad de expansión. A menor intimidad mayor cerrazón. El alma *mezquina guarda con avaricia lo poco que le queda* y por falta de nutrición muere de inopia. El alma generosa da cuanto tiene, con hambre insaciable, absorbe y asimila la totalidad de las cosas. En el amor de sus movimientos arrastra el mundo entero. "Porque a quien tiene se le dará y tendrá en mayor abundancia; pero a quien no tiene le será quitado aun aquello que tiene."

Previas estas aclaraciones fácilmente se comprenderá la necesidad de la abundancia y el vigor espiritual para el ejercicio de la vida amorosa. El amor presupone plenitud. Sólo es capaz de dar quien tiene rebosante el volumen de su vida espiritual. Su exuberancia se traduce en la necesidad de verse. Se vierte sobre las personas y sobre las cosas simplemente porque le sobra caudal. No es el amor imperativo o deber, sino exigencia íntima y necesidad del propio exceso. No supone sacrificio ni esfuerzo alguno puesto que responde al ejercicio de una función normal. El espíritu da de su propia substancia, porque las fuentes de la vida brotan abundantes y sobrepasan el volumen del recinto individual.

De ahí que el amor no sea nunca para el verdadero amante ni virtud ni mérito. De ahí la alegría radiante del amor. Su generosidad es espontaneidad. Entregarse es para quien le sobra una necesidad de su propia saturación y, por tanto, fuente inextinguible de gozo y liberación. El amor se convierte, por el espíritu plétórico, en un imperativo de la propia vitalidad.

A las tendencias centrípetas y reactivas propias de la *simpatía primaria* opone una actitud centrífuga, expansiva, de proyección y dominio. El amor es guerra y no paz. La conciencia amorosa es conciencia imperial. Tal es la raíz del desinterés. No le "interesa" la conducta de las personas ni de las cosas — salvo las reservas que señalaremos más adelante —. Su único interés es vivir con espontaneidad la propia vida sin preocuparse de la conducta de los demás. Se da simplemente porque le sobra y no necesita ni desea nada. Ni pide ni recibe, ni administra, ni cuenta. Porque es poderoso, es capaz de entregarse sin déficit, sin cicatería ni reserva. Tal es la virtud creadora del amor. En un sentido análogo habla San Agustín de una creación por amor. La creación es producto del amor divino. Dios crea el mundo de la sobreabundancia de su ser, por necesidad ineludible de su propia plenitud y perfección. A idéntica necesidad responde la creación artística. El amor es un demonio, afirma DROTOMA. Con mayor exactitud podríamos decir que el amor es, en el sentido más estricto, poeta, creador.

A semejanza de Dios es el amor en el mundo plenitud, abundancia, poder, fuerza creadora, gozo sereno, guerra y conquista de las cosas por

virtud de la propia entrega. El espíritu amoroso atraviesa los caminos de la vida derramando sobre las personas y las cosas — altas y bajas, buenas y malas, sin distinción, “judíos y gentiles” — la abundancia de la vida interior. Con vigorosa vitalidad siente en su propia experiencia e incluye en sí la vida entera y la totalidad de las cosas y las somete a su propio imperio sin conflicto ni violencia. El mundo permanece intacto en su propia y específica realidad. Sin embargo, sumergida en la radiación del amor, la realidad, sin dejar de ser la misma, sufre una total transfiguración. Para transformarla no necesita tocarla. Por su sola presencia la ilumina y la lleva a la plenitud de su ser.

### *Revelación del valor y el sentido de las cosas*

Tenemos ya una primera característica, una condición sin la cual no es posible conducir una vida con amor. Es preciso apretar un poco más el cerco y tratar de ver qué es lo que ocurre en las personas y en las cosas cuando se hallan ante el foco de la conciencia amorosa. ¿Qué pasa en el mundo en torno cuando un espíritu plenario se derrama gratuitamente sobre él? ¿En qué consiste, de un modo más preciso, aquella creación de un cosmos en torno a una persona, aquella prodigiosa transfiguración que sufren las cosas en presencia del amor? Es evidente, después de lo dicho, que no es ni es posible que sea una creación causal. El amor deja al amado intacto. No lo transforma ni intenta transformarlo. Lo mira con respeto y reverencia. Lo ama en su realidad misma, con todas sus virtudes y todos sus defectos. Ahora bien: puesto que el amor es no una fuerza “real” que intervenga en el mundo y lo transforme, convirtiendo unas cosas en otras, es evidente que no puede ser otra cosa que una proyección ideal, una acción espiritual y de presencia, mediante la cual una realidad virtual, ausente e inconsciente se hace actual y patente en la conciencia y en la vida. Esta segunda característica del amor ha sido minuciosamente descrita por SHELLER. Con alguna diferencia de matiz, la esbozaremos, por tanto, brevemente.

Para que la revelación se realice, la posesión de una vida plerónica es una condición necesaria, pero no suficiente. La plenitud espiritual puede torcerse. Es posible que al irradiar sobre las cosas lo realice en formas diversas. Para que el amor llegue a su plenitud es preciso que el espíritu al verterse sobre las cosas lo realice de una manera peculiar.

Por la presencia del amor la persona o la cosa amada sufre ante la mirada del amante una verdadera transfiguración. La mirada amorosa ve en las personas y en las cosas, cualidades y valores que permanecen ocultas a la mirada indiferente o rencorosa. Todo ser posee al lado de las características superficiales, que se ofrecen a quienquiera que las mire, una infinidad de propiedades, buenas o malas, que permanecen en su ser recóndito y aún otras muchas que, si bien no ha realizado nunca, es posible que algún día se manifiesten y cambien totalmente su fisonomía interior o exterior. Hay, por tanto, en todo ser algo actual y patente y algo virtual y latente. Y entre todas las propiedades y valores que posee una persona o una cosa,



superficiales o profundas, virtuales o actuales, las hay buenas y malas, mejores y peores, detestables y excelentes.

Ahora bien: la mirada amorosa percibe en el ser amado el volumen entero de las cualidades y valores que la integran, y destaca, en primer término, aquellos que entre todos poseen una calidad o un valor superior. A partir de ellos tiende a incrementarlas y a sublimarlas, a poner todo el resto a su servicio y a llevar, si es necesario con esfuerzo, su imperfección a plenitud.

El amor es, por tanto, claridad y luz. Ilumina en el ser amado sus recónditas perfecciones y percibe en unidad el volumen de sus valores actuales y virtuales. Amor es iluminación, contemplación y estimación de las excelencias de un ser, atracción y tendencia vehemente a compartirlas y gozarlas, decisión y anhelo de llevarlas a su más alto grado de perfección.

Así la vida entera se proyecta en un halo de luz. Todo adquiere una calidad y una reverberación. La persona o la cosa amada y el mundo entero en su torno, organizan su presencia en la conciencia y en la vida mediante la sumisión incondicional de lo inferior a lo superior, de lo que no tiene valor a los valores más altos y supremos.

El amor es, por tanto, videncia. Ve en las personas y en las cosas lo que permanece oculto a la mirada indiferente o rencorosa. Precisamente por esto sólo es posible el conocimiento en el espíritu de amor, y la razón intelectual se halla en estricta dependencia de la razón cordial.

La tópica ceguera del amor no significa sino desatención hacia los valores negativos o inferiores y sumisión y subordinación de éstos al perfil, destacado en primer plano, de los valores positivos y estimables... Es preciso, naturalmente, no confundir el amor con la circunstancial bubería de determinadas actitudes o tendencias morbosas. El amor no impide ver los defectos o las cualidades negativas de un ser. Los perfila incluso, en ocasiones, con dolorosa clarividencia. Pero los subordina siempre y los pone al servicio de algo superior. Ciegos son en todo caso los movimientos naturales que despliega el impulso libidinoso, como lo son en general, y acaso por definición, todas las energías "naturales" por sí mismas... El amor no es ciego. Ve las faltas, pero aspira a suprimirlas y cree en su posible supresión. Pone el acento sobre las facetas positivas y valiosas de las cosas, proyecta la luz de aquéllas sobre sus aspectos deficientes o torcidos, y absorbe y aun suprime éstos por el solo hecho de ponerlos al servicio de aquéllas. Es el clásico movimiento de no ser al ser, el Eros socrático, que tiende y aspira de lo que es menos a lo que es más, de lo que no tiene valor o lo posee en grado mínimo a lo que lo goza en grado máximo; fuerza eternamente insatisfecha que se proyecta sobre las realidades del mundo y proyecta sobre ellas una radiación luminosa.

"Soy de la raza de hombres que de lo oscuro hacia lo claro aspiran", ha dicho GOETHE. Es el imperativo insaciable de luz. El espíritu enamorado de las cosas, no pudiendo sufrir su imperfección o su decadencia, las orienta hacia el reino de los valores puros y las impregna de su gracia. Así el hombre arraigado en la tierra levanta su cabeza al reino de los cielos.

*La ilusión amorosa*

En íntima conexión con lo que acabamos de decir, se ha hablado en diversos sentidos del amor como fuerza fantasmagórica que, ante las personas y las cosas, las modifica y las deforma. El mundo real sería suplantado por el mundo ilusorio de fantasías espectrales. Es la visión del visionario, la "idealización" del poeta que nos aparta de la realidad y nos pone en presencia de la ilusión.

En un cierto sentido, que trataremos de precisar, es evidente que la actividad amorosa pone las cosas al servicio de una ilusión y llena la realidad de mitos. Mediante él, la totalidad de los seres y de los actos se subordinan y se ponen al servicio de un ideal. Pero es preciso denunciar antes que aquella observación, bajo la apariencia de una evidencia inmediata, oculta la más superflua banalidad.

Al proferirla en sentido peyorativo se da por supuesta la existencia de un mundo idéntico para todos, uniforme y equidistante, seguro y determinado en sus límites y apto, en todo momento, para una eventual comprobación impersonal. Frente a este mundo real y consistente, el amor fingiría otro de fantasmas e ilusiones.

Semejante afirmación es evidentemente falsa. Aquel mundo "objetivo", e indiferente, no corresponde en parte alguna a la realidad. Ni existe ni es fácil pensar con precisión qué es lo que puede significar. Corresponde acaso a la pobre imaginación del sentido común y se nutre de tópicos y de ficciones banales que no por ser banales dejan de ser ficciones. El universo que nos es dado en la experiencia personal — el único universo que nos es realmente dado — no es una realidad inmóvil sino una existencia plástica que transcurre en el tiempo y se ordena y estructura en perspectivas y dimensiones múltiples. No es fácil hablar con rigor de un "mundo" de la experiencia. El mundo es esencialmente interpretación, punto de vista, proyección. Frente al gesto multívoco y maleable de las cosas, la conciencia y la vida establecen una legalidad, una ordenación y una jerarquía. En la percepción apenas una mínima parte de las cosas nos es efectivamente dada. Lo vimos ya antes. Casi todo es en ella como dicen los psicólogos, "apercepción", virtualidad, transfondo. Los contenidos sensoriales se ensartan en el hilo sutil e invisible que los organiza en constelaciones y les otorga una objetividad, una forma y un sentido.

Ahora bien: entre las múltiples interpretaciones posibles es preciso escoger la más adecuada, la que mejor responda al ser y al valor de las cosas en una circunstancia determinada. En la elección y subordinación de las experiencias inicialmente perplejas, hasta llegar a la organización de un cosmos jerárquico, interviene de una manera decisiva la actitud que la conciencia y la vida adopten ante la realidad. Y entre las actitudes posibles de la conciencia ante el mundo, la actitud amorosa es acaso la capital. Las cosas cambian radicalmente en su ser y en su valor según se hallen ante el foco de la conciencia amorosa o de la conciencia rencorosa.

Se hablará, acaso, de una interpretación "normal". Pocas palabras tan

vagas y que se presten a mayores equívocos. ¿Qué significa exactamente normal? ¿Será acaso el resultado de una medida minuciosa y un contrapeso detallado de razones en pro y en contra? ¿O se tratará simplemente de un justo medio equidistante y sin compromiso, es decir, de una interpretación anodina y banal, conseguida a fuerza de suprimir todo interés, toda decisiva afirmación o negación? Aparte el hecho de que por muy anodina y banal que sea no dejará de ser una interpretación entre otras muchas ¿qué sentido podría tener este mundo de compromiso? Alguien tendría que decir cuándo nos hallamos precisamente en presencia de lo justo. ¿Quién, cuándo y cómo? ¿Y qué es exactamente lo justo y equidistante? ¿Cuál será entre todos los términos posibles este término medio, bello ideal de toda vulgaridad y de toda mediocridad? ¿O será cosa de ponerlo a votación? Ya DESCARTES afirma certeramente que la *pluralité de voix* no puede ser nunca criterio de verdad.

El roble centenario que tengo ante mí puede dar lugar, en su aparente simplicidad, a las interpretaciones más diversas y correlativamente a los contenidos objetivos más divergentes. Su "realidad", en apariencia idéntica, será esencialmente distinta a los ojos del cazador, del carpintero, del excursionista o del enamorado... El cazador verá acaso en el árbol la añagaza del acecho y el reclamo. El carpintero tablas, listones, andamiajes... materiales de construcción. Lo considerará el excursionista como elemento del paisaje o como sombra acogedora y refrescante. Es posible que su corteza lleve "grabadas iniciales que son nombres de enamorados, cifras que son fechas...". La misma mujer puede ser musa para el poeta, compañera hacendosa para el buen burgués, pretexto de aventuras sin fin para el Don Juan, animal de placer para el canalla...

Según el punto de vista y el valor que orienta la interpretación de las cosas, así son ellas. Claro es que en la interpretación no todo es libertad ni mucho menos arbitrariedad. Los valores que la conciencia destaca en el contenido de la experiencia tienen leyes inmanentes. La conciencia amorosa las tiene también. Y es posible que el espíritu se halle de acuerdo con ellas o las desconozca y las conculque. Pero esta eventualidad de error no se halla reservada al amor. Toda actitud — amorosa, rencorosa o indiferente — puede equivocarse y dar lugar a ilusiones y desvaríos.

Característico de la ilusión amorosa es que ante una realidad cualquiera — árbol o mujer — trata de integrar y salvar el mayor número posible de perspectivas y valores actuales y virtudes organizándolos y subordinándolos de tal manera que en todo momento las inferiores se hallen al servicio de las superiores. Así lleva la riqueza infinita de cualquier fragmento de la realidad y la realidad entera a su más alta radiación. No suprime ni niega nada. Todo su ser consiste en afirmar. Y al afirmarlo todo — tabla y reposo, musa y placer — destaca en la cima lo que es en realidad más alto.

Así, no cabe duda: el amor es ilusión. Pero la palabra ilusión tiene un sentido doble: significa de una parte la "mera ilusión", la imagen ilusoria que deforma o suplanta la realidad. Significa también aliciente, esperanza, anhelo, fe. Así se habla de una vida ilusionada o de una vida sin ilusiones. Y una vida llena de ilusiones no es necesariamente una vida superficial y

falsa. Ya advirtió PLATÓN que la verdadera realidad se halla en las "visiones" —ideas— y que todo conocimiento consiste en saber ver visiones adecuadas. De ahí la función del "mito". No habría una realidad ni una naturaleza dotada de sentido sin esta capacidad creadora, poetizadora del espíritu amoroso.

El amor es creador de mitos, llena de símbolos la realidad y abre en ella caminos. Proyecta sobre la persona o cosa amada un halo luminoso que la enaltece y la eleva a su pureza intacta. Tal es la ilusión del amor. En este sentido, es el artista y en general el hombre de alguna manera creador o recreador de la naturaleza. El arte y aun la vida entera irrealiza la "realidad" —cuadro, sonata, poema... el curso de la vida entera— y le otorga la fuerza de la contemplación. Mediante la ilusión surge de la "realidad" del mundo una realidad más alta. Los colores que sirvieron para pintar la *Gioconda* hubieran servido también para pintar un banco. El mismo proceso de purificación y de ascensión experimentaban las palabras a través del estilo. Las palabras se levantan y se inflaman. A medida que la mirada amorosa se extiende sobre los diversos sectores de la realidad los enaltece con su presencia. El amor supremo, el amor de Dios, lo eleva, en fin, todo a un plano luminoso en el cual las cosas todas manifiestan y revelan su propia esencia. Lo "natural" pasa a ser simplemente un departamento de lo sobrenatural. Aparece el prodigio. Todo se hace milagro. El pan y el vino se convierten en carne y sangre y la carne y la sangre en pensamiento luminoso y anhelo insaciable.

El rencor destruye los mitos y los símbolos, cierra los caminos y con ello desarticula la realidad. Ante su presencia las realidades, una a una, descienden y acaban por desaparecer. Pincha los globos de la ilusión y desinflados se derrumban. La realidad se reseca y se quiebra. Pierden las cosas la gracia y con ella la posibilidad de toda revelación. Nada dice ni nos dice nada. Todo deviene insignificante, silencioso y gris. Destruído el sentido inflamado de las palabras y de las cosas que designan, resulta imposible entender ni interpretar nada ni aun pronunciar palabras con pleno sentido.

De ahí la función del odio al servicio del amor. Es la ira de Dios, el mitológico fuego purificador. Los mitos caídos, convertidos en tópicos, se posan sobre la realidad, como una costra y son obstáculo y barrera para la acción creadora del amor. Es la adoración de los ídolos, el fariseísmo. Frente a él es el odio función del amor. Su fuerza destructora rompe los obstáculos, desbroza los caminos y le otorga eficacia y fecundidad. No se olvide que el infierno de DANTE es creación del amor de Dios.

Esta interpretación no comporta afirmación alguna propiamente subjetivista. Lo sería si la ilusión de que se trata fuera la presencia de una realidad ilusoria y falsa. Ya hemos visto que no es así. Sólo una vida ilusionada es realmente una vida. La ilusión y la vida influyen y tienden a confundirse en una misma cosa. Tener muchas ilusiones es poseer la facultad de descubrir y ver en el mundo la riqueza inmensa de sus valores y alicientes. Vivir sin ilusiones equivale a perder el sentido de los valores y de las cosas y reducir la realidad del mundo a la miseria esquelética de los tópicos. Una vez más es la vida amorosa fuerza, plenitud, ilusión. En ella y por

ella las riquezas del mundo se hacen inagotables y los anhelos insaciables.

Es, naturalmente, posible que el afán salvador, eventualmente, al estructurar deforme y no perciba con exactitud la figura jerárquica de las realidades y de los valores. Esta eventualidad va constantemente aneja, en alguna medida, a la limitación de la naturaleza humana. Toda perspectiva es deficiente, toda visión más o menos esquemática y parcial. Esencialmente no pone ni deforma ni añade nada. Cuanto descubre y revela ahí está. Ve visiones, no "simples visiones". El afán de reducir las visiones a "simples visiones", las ideas a "simples ideas" es precisamente lo propio del espíritu rencoroso. Es posible que el amor los vea. Cabe en él la deficiencia y la desviación. Pero no le son esenciales. Ve en cambio en las cosas lo que sin auxilio no es posible ver.

### *Vida nueva o renovada*

De ahí resulta algo muy fundamental para la inteligencia y la interpretación del mundo. Frente a las realidades de la experiencia es posible adoptar dos actitudes cardinales y polarmente opuestas: la actitud amorosa y la actitud rencorosa, la actitud afirmativa y la actitud negativa, la que todo lo salva y la que todo lo aniquila. De la primera deriva una dialéctica ascendente y creadora. De la segunda una escala descendente y destructora.

La primera destaca en el mundo los valores positivos, los ordena y coordina poniéndolos al servicio de algo y en una conspiración de servicios, al servicio de algo que tiene consistencia y valor por sí. Interpretado con amor todo adquiere realce. El mundo se incorpora y se pone en pie. Incluso lo insignificante adquiere valor al servicio de lo valioso y aun lo repugnante y repelente — el estiércol al servicio de la fruta, las secreciones al servicio de una persona, de sus empresas e ideales.

Considerado con amor todo se dignifica — el placer y los órganos corporales y, en lo que respecta al amor sexual, los órganos y las actividades sexuales y sus funciones más desagradables a la mirada indiferente —. Todo se pone por el amor al servicio de una persona, de una relación personal, espiritual y noble. La persona — originalidad intransferible, intimidad sagrada, sentido espiritual — otorga sentido a los ingredientes subordinados que coadyuvan a su destino, a la totalidad de las funciones psicofisiológicas que gravitan en su base e incluidas en ellas, como todas las demás, a los órganos sexuales y a su actividad.

Claro es que es posible interpretar las flores y los frutos y el jardín por los excrementos que les prestan savia y la mirada amorosa por los mecanismos de las secreciones internas. Es lo propio de la mirada rencorosa. Ante la mirada rencorosa o indiferente, lo superior se pone al servicio de lo inferior y por este mero hecho queda aniquilado. Así, por ejemplo, al servicio del placer, desaparece la persona como tal y se convierte en simple "objeto" de placer. Es el rencor, la negación eterna — el espíritu que todo lo niega de Mefistófeles en oposición al ímpetu creador de las fuerzas fáusticas —. Con gesto sarcástico aniquila el mundo. Sitúa en primer término

la nada, la insignificancia implícita en toda cosa y en función de ella interpreta el resto. La flor y la fruta se reducen a estiércol y la vida entera a secreción. Consideradas sin amor desaparecen la personas y, por tanto, el sentido de las cosas y el relieve entero de la realidad. El mundo se reduce a un caos polvoriento.

Por el amor y el rencor la realidad, sin dejar de ser la misma, cambia radicalmente y se convierte en otra. De la misma manera cambia el aspecto del campo de trigo, según los azares del viento o el estado atmosférico. La misma figura geométrica, dibujada sobre un plano, puede aparecer cóncava o convexa, según se oriente la mirada del espectador.

Al final del *Banquete* de PLATÓN sólo tres bebedores se mantienen en pie: ARISTÓFANES, que representa la comedia; AGATÓN, que representa la tragedia, y SÓCRATES, que representa la filosofía. Los dos primeros se tambalean y se hallan próximos a adormecerse. Sólo SÓCRATES conserva la perfecta lucidez. Entre la aspiración heroica y suprema, que desde lo más alto se desploma, y la cómica desarticulación de la vida, representa la filosofía la suprema reconciliación. Sin reducirse a la una ni a la otra, la actividad amorosa — esencial a la vida *filo-sófica* — las incluye a ambas y representa en su plenitud la integridad de la vida y del alma humana. Decía Francisco GINER que la vida no es trágica ni es cómica. Es simplemente seria. Sólo es capaz de tomar la vida en serio quien la contempla con amor.

Se dirá, acaso, que el odio afina también la mirada y nos permite ver cosas que pasarían inadvertidas sin él. En este sentido también el odio sería vidente. Vimos ya en qué sentido puede el odio ser función del amor. Obsérvese, además, que en la oposición entre el amor y el odio ambas funciones no se hallan en el mismo plano ni al mismo nivel. El rencor excluye y rechaza sin reserva toda posibilidad amorosa. El amor, en cambio, como veremos, refluye de alguna manera sobre el odio, lo incluye en su ámbito, lo pone a su servicio y por este solo hecho lo absorbe y lo destruye. No de otra manera se destruye el mal por la sola presencia del bien. Ni puede tener otro sentido el imperativo de ahogar el mal en la abundancia del bien. El bien destruye el mal no por contraposición y negación — toda negación suscita el rencor y fomenta el odio —, sino por superación e integración.

De este modo el amor revela al alma otra vida, una vida realmente nueva o renovada, y en su presencia el universo entero se ilumina y se transfigura.

### *Reciprocidad. Fusión*

Las tres características que acabamos de indicar derivan, como es notorio, de las tres grandes concepciones fundamentales del amor. La abundancia de la vida espiritual es esencial a la tradición cristiana. La ordenación jerárquica del mundo de los valores es propia del amor helénico. La ilusión amorosa aparece ya en los mitos primitivos y desemboca, a través de las tradiciones caballerescas y líricas, en todas las formas de lo que se ha llamado amor romántico. Contrarias, en apariencia, no sólo han aparecido como

compatibles, sino como complementarias, de tal manera que cada una de ellas deriva y necesita de las demás y forman juntas las piezas esenciales de una sola definición.

La cuarta característica antes mencionada — fusión, reciprocidad — es también un factor clásico en todas las formas del amor profano y místico. No constituye propiamente un elemento nuevo. Es más bien la consecuencia necesaria de la confluencia de los otros tres. Pero, en algún modo, parece oponérseles y negarlos. Es preciso ver con precisión en qué sentido los niega y en qué sentido los complementa y los corona.

En mil formas se ha afirmado que el amor es entrega, fusión, trans-fusión. Enamorados y místicos hallan la perfección de su amor en el acto de la perfecta unión. La "unión del amado con la amada", la absorción de la persona entera del amante en el seno de la persona amada, parece constituir el más alto grado en el ejercicio del amor.

Sin embargo, si atribuimos a las palabras unión, fusión, confusión, su sentido literal, nada más alejado del amor que esta supresión de la propia personalidad y su anegamiento en realidades que le son ajenas. Se hallaría en patente contradicción con todo lo que hemos venido diciendo hasta aquí. El amor, hemos dicho, es claridad, iluminación. Esencial al amor es considerar al ser amado como distinto de mí, peculiar, original y personal. En el caso contrario, la perfección del amor no sería sino una forma refinada de egoísmo y conduciría tan sólo a la propia satisfacción. El amor exige la salvación íntegra y el respeto a la silueta individual de las personas y de las cosas, no considerándolas como mías, sino justamente como ajenas a mí y distintas de mi propia persona. No es el amor en este sentido fusión, confusión ni supresión de límites.

Para que la "unión del amigo con el amado" sea compatible con la relación amorosa es preciso que la proyección del propio yo al centro de la persona ajena se realice de tal modo que ni el primero ni el segundo pierdan su propia y peculiar personalidad. La vitalidad y el exceso de la vida interior me permite, y aun me exige, salir de mí y verterme íntegramente en otro. Pero al fundirme con el prójimo y situarme en el centro de su vida espiritual es preciso que lo haga sin dejar de ser yo quien soy. *Estoy fuera de mí, íntimamente vinculado a otro, pero soy yo.*

Sólo en este sentido puede entenderse la fusión. Es más: sólo es posible que intente estar yo en otro y una mi centro espiritual al suyo propio si me distingo claramente de él. En el caso contrario no sería posible que me uniera a él, puesto que *sería él*. No seríamos dos en uno, sino uno solo. Desaparecida la personalidad de uno y otro no sería ya posible que estuvieran juntas. La perfecta unión sería en este caso la perfecta disolución. Tal parece ser la unión en el misticismo búdico y en algunas formas de la pasión romántica.

En la unión amorosa, sin dejar de ser yo quien soy, me sitúo en el prójimo, me convierto en alguna manera en él, percibo, siento y comparto cuanto él siente y vive, me sitúo en su interior y se revela ante mí la totalidad de su persona con todos los sentimientos que la alientan o la perturban. Puesto así en su lugar, la totalidad del mundo me parece desde su punto de vista y entiendo, comprendo y siento como mías la totalidad de sus acciones

y reacciones, el sentido entero de su sensibilidad y de su conducta. Lo que parece incomprensible y absurdo mirado desde fuera se muestra inteligible y coherente a la luz de la mirada amorosa.

En otros términos: cada persona tiene un mundo personal, íntimo e inefable. El mundo entero se matiza y se colora de acuerdo con él. Cada cual tiene su manera propia de estimar y de odiar, de sufrir y de gozar, de percibir y de soñar... Lo que me conmueve en lo más profundo puede dejar al prójimo indiferente. El perfume de un clavel puede evocar en una persona los dolores más vivos o los recuerdos más agradables. A la mirada indiferente aparece tan sólo el hombre de la calle, aproximadamente igual al resto de los hombres. Todo hombre, sin embargo, lleva en su seno un mundo. La mirada amorosa penetra en él y lo ilumina. Lo que aparecía como un simple ejemplar de una especie se convierte de pronto en una persona. Nada en ella resulta ya banal. Una leve sonrisa puede revelar más que la conducta de una vida entera. El íntimo contacto personal multiplica en cada uno de los seres que se aman la infinita riqueza del mundo que para ellos es. No es ya un mundo. Son dos mundos en uno. El mundo entero se enriquece y adquiere una dimensión de profundidad. Dos mundos se hacen uno e iluminan por su acción recíproca los recintos más recónditos de su intimidad personal.

Así, resulta claro que para llegar a la compenetración amorosa, para comprender al prójimo y exaltarlo, es necesario que me sitúe en su lugar, no en el mío, lo cual no ocurriría si nos fundiéramos realmente en una sola persona. El amor no considera su centro personal como idéntico al mío, sino precisamente como suyo, original e intransferible.

Sólo así es posible que llegue a la afirmación de su ser, que lo considere como un fin en sí y no como un medio para llegar a la consecución de un fin, que le otorgue dignidad y autonomía y estructure el perfil de su vida de acuerdo con los valores más altos de su personalidad. En otros términos: sólo así es posible que lo estime, lo entienda y lo comprenda sin residuo ni reserva. Y sólo, mediante esta comprensión, es posible la vida amorosa.

En este momento las cuatro características que acabamos de esbozar alcanzan la unidad de una perfecta interdependencia. El acto de fusión nos permite situarnos en otro, vivir fuera de nosotros mismos, en los demás y por los demás y otorgar mediante ello al prójimo un sentido y un valor. Al ponerme yo "fuera de mí" consigo ver el ser y el valor de las personas y de las cosas "en sí mismas", en su verdadera y auténtica realidad. La ordenación jerárquica de los valores y su estructuración, de acuerdo con la norma de los valores supremos, supone y requiere, como un elemento indispensable, la aptitud para fundirse en otro sin dejar de ser dos. Este ser dos en uno y fundirse sin desaparecer, este existir en mí y fuera de mí, es esencial en todo acto de amor.

Adviértase, en fin, que la capacidad de entrega, la capacidad de amor, se halla a su vez condicionada. Sólo es capaz de vivir en otro quien es capaz de vivir en sí mismo, de estructurar la propia personalidad y respetarse y estimarse como persona. Para poder estar realmente "fuera de sí" es preciso previamente "estar en sí". El acto de fusión presupone la plenitud y la riqueza de la propia vida. Sólo es posible decir, con plenitud de sentido,



“vivo sin vivir en mí” si he sido previamente capaz de afirmar con verdad: “vivir quiero conmigo”. Sólo si tengo en mí algo que me permita vivir en mí mismo, en mi radical soledad, “gozando del bien que debo al cielo, a solas sin testigo”, es posible que me proyecte en otro y vea en él una persona espiritual. Vivir en otro supone la posesión y la plenitud de la propia vida.

Claro que nuestro ser se nutre de alguna manera del mundo y somos sólo en cuanto algo está en nosotros y nosotros estamos en las cosas. No es fácil considerar por separado los términos concretos de la dialéctica amorosa. Mi propia plenitud puede llegar a ser una necesidad de mi amor. Necesito poseerme para amar y puesto que lo necesito lo conseguiré mediante el amor. El amor exige la plenitud. Pero la plenitud puede ser a su vez obra del amor y de la esperanza que lleva consigo. La necesito en cuanto amo y puesto que la necesito puedo tener la certeza de que la llegaré a poseer. El amor actúa en mí y me transforma y me exige la plena realización de lo que es su condición ideal. No es el amor un estado, sino un progreso dinámico. Sin embargo, para llevarlo a plenitud, para sentir y comprender al prójimo es evidente que es preciso tener clara conciencia de la propia vida y valor. El amor al prójimo supone el amor propio y la propia estimación y dignidad.

En otros términos: el diálogo supone la intimidad. Para comunicarse es preciso tener algo que comunicar. Y puesto que el amor es esencialmente comunicación, comunión, la compenetración requiere y necesita, para ser perfecta, la perfecta reciprocidad. Para comprender al prójimo es preciso penetrar en él. Y para entrar en él es necesario que se deje penetrar, que se abra y se entregue. “Que unos secretos de amor revelan los otros y por eso los amadores tienen conocimiento los unos de los otros”. Y “en los secretos del amigo se revelan los secretos del amado y en los secretos del amado se revelan los secretos del amigo” (LLULL).

En el caso contrario el amor se mantiene todavía en el estado de mero conato o esfuerzo, sin alcanzar la plenitud de su perfección, y se halla en constante peligro de aniquilamiento. Para amar en verdad es preciso llegar a ver el interior de aquello que se ama y para verlo es necesario que abra su ser recóndito. Claro es que este abrirse se realiza también de un modo ideal. Es posible sentirse amado por una persona que realmente no nos estima y puedo sentir abierta una persona que no se ha abierto realmente nunca ante mí o que incluso me ignora. En realidad todas las cosas y todas las personas se hallan siempre por lo menos parcialmente abiertas. Sólo la soberbia suprema — en el sentido satánico y cósmico — es capaz de cerrar un alma. Es evidente que, en ese límite, un alma incapaz de abrirse y entregarse, no merece ni puede merecer amor. Queda separada de toda posibilidad de comunión. La expresión en todas sus formas — palabra, gesto, signo, mito, símbolo... — es necesaria, por tanto, al amor. Es el sentido simbólico de los banquetes — el *Symposion* de PLATÓN, la Cena de JESÚS — en los cuales se llega a la comunión, por la íntima convivencia, la conversación y el diálogo. Para SAN FRANCISCO la naturaleza entera se convierte en una inmensa comunión. Es el verbo, la palabra, el *logos*, que se manifiesta y se

hace explícito en el *dia-logos* y proyecta la luz en las tinieblas y vincula las personas y las cosas en una armonía dialéctica de amor. De ahí las razones del corazón y sus palabras luminosas. Mediante ellas el caos deviene cosmos y adquiere un sentido y un valor. Fuera de ellas no hay diálogo posible. Y sin diálogo no es posible la perfección de amor.

### *Algunas objeciones: el fenómeno de la ambivalencia*

Con el objeto de destacar con mayor claridad los términos de la anterior descripción mencionaremos algunas objeciones posibles y en apariencia obvias y veremos cómo descansan siempre en algún equívoco sobre el uso de la palabra amor.

Se dirá, acaso, que entre personas que se aman ocurren con frecuencia disputas, riñas que conducen el curso de la vida personal a actitudes, movimientos y emociones por completo distintas y aun opuestas a las que acabamos de mencionar. El caso extremo de esta interferencia de fenómenos distintos en la conciencia y en la vida de la persona que ama es el fenómeno conocido por los psiquiatras con el nombre de ambivalencia, en el cual una misma persona, en presencia del mismo ser, siente al mismo tiempo amor y odio y oscila entre el uno y el otro sin llegar a una orientación precisa, de tal manera, que no resulta fácil determinar si sus acciones y su conducta entera resultan de un impulso rencoroso o de un movimiento de amor.

Esto nos permite insistir en una aclaración que mencionamos al principio y que es a nuestro entender esencial. En las "riñas por amor" o, como suele incluso decirse, "por exceso de amor", que se manifiestan, por ejemplo, en los estados de "celos", es evidente que no interviene para nada el amor. En sus momentos álgidos no sólo no interviene, sino que se ausenta y desaparece. No es posible imaginar una riña como un momento de una actitud amorosa. Es exactamente todo lo contrario. El movimiento amoroso podrá acaso reaparecer. Pero es evidente que ha sufrido un colapso. No todo en el "amor" es amor. En ocasiones el "amor" y el odio se engendran y se promueven mutuamente, se substituyen y aun se equivalen en la economía de la vitalidad primaria. Pero en todos estos casos se habla con evidente equívoco del amor. Se considera el amor como un elemento de un proceso psicofisiológico y no como una actitud radical de la vida. En el movimiento amoroso, dondequiera que se manifieste, hay siempre compenetración, comprensión, inteligencia. Y es evidente que en los procesos a que aquí se alude las personas no se comprenden ni "se entienden". A la fusión amorosa substituye una auténtica confusión. Nada se sabe dónde comienza ni acaba. Lo mismo da ya una cosa que otra. "Se pierde el mundo de vista". Todo desaparece para dejar abierto el paso a la energía natural niveladora, ciega y bruta. El amor, en cambio, es claridad, distinción, luz. En los procesos que aquí se mencionan a la luz substituye la oscuridad, la auténtica ceguera, a la claridad la confusión.

Y es que en lugar de la actitud en la cual se precisa y define el amor, aludimos en los casos mencionados a un grupo de procesos complejos, a pa-

siones más o menos encendidas que pueden manifestarse en todas las formas de la vida amorosa y favorecerla, interferirla o perturbarla, y muy especialmente al estado vagamente denominado "enamoramiento", en el cual se suceden, en serie tumultuosa, los estados psicofisiológicos más diversos, teñidos por la coloración más o menos intensa de una emoción predominante. En estos procesos, que llegan en ocasiones a manifestaciones francamente morbosas, es donde se da eventualmente el fenómeno de la ambivalencia. No es ello decir que no pueda intervenir también el amor. Es posible, incluso, que llegue con ellos a sus manifestaciones más altas. Pero las vicisitudes de aquellos procesos genésicos no afectan para nada a la descripción de su constitución esencial.

Ahora se comprenderá mejor también, por qué no es posible reducir la actividad amorosa a los fenómenos de la vida sexual, ni aun en sus formas más altas, ni a derivaciones del sentimiento de placer, ni a complicaciones más o menos idealizadas de la tendencia o el deseo libidinoso. Claro es que, en algún sentido, todo es sexual en el hombre. No cabe la menor duda sobre ello. La sexualidad es la base de toda la vida humana. No es posible concebir una vida neutra. Pero en este caso la sexualidad se confunde con la persona entera y se revela en el temperamento y en el carácter. No con aquello que, en la persona, hace especial referencia al sexo.

Por otra parte, es evidente que interviene el amor en la relación específica entre personas de distinto sexo y que cuando lo hace constituye una de sus formas más genuinas y auténticas. Ya en PLATÓN era ésta su manifestación radical y aun sus depuraciones más altas resultaban de la tendencia inextinguible de engendrar en la belleza. El impulso sexual es la base de las más altas realizaciones humanas. Nada más absurdo que confundirlo con el instinto primario de reproducción. Las expresiones más delicadas de la mística se hallan profundamente impregnadas de sexualidad. Pero no es necesario que el amor intervenga en las relaciones sexuales. Amor y sexualidad no son términos idénticos ni tan sólo paralelos. No todo lo sexual — sublimado o no — es amoroso, ni todo lo amoroso se refiere de un modo específico a los fenómenos de la relación sexual. Todas las cosas del universo pueden ser consideradas y comprendidas con espíritu de amor.

### *Amor, deseo, placer*

No es el amor deseo. El deseo es escasez. El amor plenitud. Desear algo es carecer de ello. Del deseo nace el apetito que lanza la vida hacia la consecución y la posesión de algo que nos es por el momento ajeno. El amor no se propone nada, ni desea nada. Nada pide. Sólo da. En algún sentido todo lo quiere y a todo aspira. Nada reclama para sí. Todo lo quiere para la persona o cosa amada. Ilumina sus valores más altos y los comparte y halla en ello la plenitud y el goce perfecto. De ahí que el deseo se calme con la posesión y llegue incluso a la saciedad y aun a la repugnancia. Nada es capaz de calmar el amor. Es por esencia insaciable. Nunca las personas o las cosas ofrecen por entero el volumen infinito de sus riquezas actuales y vir-

tuales. De ahí que el amor encienda siempre un amor más alto. El deseo se satisface. El amor es eterna satisfacción. Y en la insatisfacción y el anhelo mismo halla el amor la suprema felicidad.

Nada más absurdo que confundir o derivar el amor del placer. El amor proporciona goce, pero origina también pena. En él va implícito el placer, pero también el dolor. "El suspiro está más cerca del amor que la nieve de la blancura" (LLULL). En la conciencia amorosa hay más alegría, pero hay también más sufrimiento. La vida espiritual entera se hace más vigorosa y más intensa. El ser amado es para el amante fuente de los deliquios más ardientes y de los dolores y las amarguras vivos. Por encima de las alegrías y las penas, de los placeres y los dolores, es el amor alegría suprema, entusiasmo, "endiosamiento". Por el amor somos dioses, afirma SAN PABLO, imagen y semejanza de Dios.

Es más, el placer en sí mismo, no sólo no es el amor ni lo suscita ni lo promueve, sino que constituye la negación paladina del amor. Buscar el placer por el placer es renunciar a toda jerarquía de valores, hacer de las personas cosas y de las cosas simples medios al servicio de designios egoístas y ciegos. Nada más contrario al amor que hacer de las personas y de las cosas simples instrumentos de placer. El afán de placer destruye las diferencias y los matices. A diferencia del amor, es, en efecto, ciego. Todo lo reduce a la satisfacción momentánea del goce. Y el instrumento del goce se enmohece con el uso. Por el placer se borran los perfiles propios de las personas y de las cosas y queda el mundo reducido a "polvo y ceniza". Tras el carnaval el "memento". El mundo entero se convierte en "vanidad de vanidades". Todo lo contrario del amor que lleva el mundo a la plenitud de su posible radicación.

Pero entonces, se dirá, ¿en los actos más primarios del apetito sensorial — en el hambre, en la sed... —, donde parece que se revele el descubrimiento de un valor, no es posible decir que haya de algún modo amor? Con ello se plantea el problema del valor de utilidad, del valor vital por excelencia.

Hay en esta pregunta un equívoco que es preciso esclarecer. En los actos arriba mencionados puede haber, en efecto, en algún sentido, amor. Lo hay precisamente en el único sentido en que es posible hablar de una manera directa en ellos, del descubrimiento de un valor.

Una cosa es alimentarse y otra cosa completamente distinta percibir el valor o el bien útil del alimento. La primera se resuelve en una cadena causal en la cual habría que buscar la explicación naturalista del instinto. Sea ésta cual fuere, se tratará siempre de algo "subjetivo", puramente animal, dentro de cuyo curso desaparece todo ámbito entre el sujeto y el objeto y, también, en último término, toda distinción entre la subjetividad y la objetividad. En el segundo, entre el sujeto y el objeto se manifiesta un mundo, con un horizonte más o menos restringido y se hace, por tanto, posible el discernimiento de valores y bienes y la estimación de aquello que los posee y la desestimación de aquello que no los tiene. Se revela ante el sujeto un mundo orgánico y jerárquico y, en la justa medida en que ello ocurre, inter-

viene también el amor. El movimiento amoroso representa aquí, como en todas partes, la suprema potencia "objetivadora" del mundo. Crea distancias, dimensiones y ámbitos, nos sitúa frente a las cosas, nos separa y nos destaca de ellas. "Pone cada cosa en su lugar".

Parece que algunos pueblos primitivos desconocen la función reproductora del acto sexual. Se entregan a él sin saberlo. La pura animalidad desconoce la función alimenticia del acto de tomar alimentos. No es lo mismo utilizar algo que darse cuenta de que la cosa es en sí misma útil, útil para mí o para los demás o para todos o para algunos. Para lo primero no es necesario, naturalmente, estimación ni amor. Para lo segundo, para ver en la cosa su valor de utilidad, evidentemente sí. No es necesario el amor para comer. Como no lo es para practicar el acto sexual. Pero sí lo es para aderezar y comer "alimentos", o para entrar en relación sexual con una persona.

Volviendo ahora al caso del placer, es evidente que el placer no es amor ni tiene nada que ver con la actividad propiamente amorosa. Claro es, en cambio, que la estimación del placer como un valor — como un valor objetivo, válido para mí y para los demás — es un acto más o menos elevado de la conciencia amorosa.

El amor supone objetividad, separación, respeto, distancia. Estimar una persona o una cosa es siempre estimarla en sí misma, en lo que ella es, independientemente de los azares de mis modificaciones subjetivas, caprichosas y arbitrarias. Así es posible amar el placer o la utilidad del mismo modo que la justicia o la belleza y las personas o las cosas en cuanto nos son útiles o placenteras. El placer o la utilidad no merecen el amor por sí mismos, sino en función de la realidad amada y en perfecta subordinación a la orientación de su perfil personal.

Inversamente, el valor y el sentido de la realidad se da sólo a la conciencia amorosa y halla solamente en ella, verdad y objetividad. No es la conciencia amorosa conciencia de lo que para mí tiene valor en un momento dado, de una manera caprichosa y eventual, sino la revelación del valor de las cosas por sí mismas, consideradas desde su punto de vista y evaluadas con su medida propia, en lo que valen o pretenden valer en sí y por sí y, por tanto, también para mí y para los demás. La que sólo vale para mí y con la conciencia plena de que sólo vale para mí, evidentemente no vale.

Claro es que los valores y los bienes y la estimación de las personas y las cosas que los poseen dependen también en alguna medida de mí, y que independientemente de toda actitud subjetiva se reducen, en último término, a la nada. Pero esta dependencia no es exclusiva y es, por otra parte, correlativa. Las realidades y los valores surgen y se desarrollan en la comunión de la dialéctica amorosa. En el diálogo de amor surge del caos un mundo luminoso en el cual las personas y las cosas existen en la medida en que alcanzan un valor por sí mismas. Este considerar los seres por sí mismos, en su propia realidad y valor, constituye, como vimos, una de las características fundamentales del amor. Por la función categorial de la conciencia amorosa se constituye ante mí un mundo, un ámbito objetivo en el cual me oriento y me muevo y en relación con el cual proyecto todos mis anhelos y todos mis afanes. Si desapareciera del todo desaparecería el universo como tal.

Todo se sumiría en el caos de la sensibilidad elemental. Caerían las cosas sobre mí y se fundirían a mí y yo en ellas, desaparecería toda diferencia entre ellas y yo. En su confusión extrema la "subjetividad" llevada a su último límite acarrearía consigo la supresión de la subjetividad personal y de la claridad objetiva y orgánica. Todo quedaría reducido a puro flujo de sensaciones, impresionismo integral. Es el mundo del lagarto tendido al sol.

Puede haber, sin embargo, y hay, en efecto, cosas que sólo valgan para mí, es decir, en relación con mi vida personal. Acaso todas ofrezcan, en último término, un resto de subjetividad inefable. Pero, en este caso, ellas son las que valen. Incluso el valor individual y personal es, en último término, "objetivo". La "subjetividad" pura equivale a la simple supresión del valor y del cosmos, del objeto y aun del mismo sujeto. Una vida: "sin objeto" no es propiamente una vida, una experiencia personal. Fuera de ella quedarían sensaciones o, si se quiere, átomos. Todo, si se quiere. Si se quiere, nada.

### El "amor puro"

Se dirá, en fin, que el amor puro no existe, que en realidad no es posible hallar nunca la actitud amorosa en su pureza tal como la acabamos de describir. En algún sentido esto es verdad. Pero es preciso añadir que difícilmente nadie lo ha puesto en duda. Ni tan siquiera PLATÓN. Cabalmente sospechan actualmente algunos eruditos que el denominado "amor platónico" en el lenguaje corriente, apareció en Bagdad y no precisamente en un espíritu "puro". Es preciso, por tanto, aclarar este equívoco que afecta radicalmente a la descripción "pura" que acabamos de intentar.

El amor puro no existe. Evidentemente. No existe del mismo modo y en la misma forma en que existen las "cosas". Ni tendría sentido pronunciar la palabra existencia en la misma acepción en ambos casos. Pero en la totalidad del mundo en que transcurre nuestra vida aparece, como una realidad idéntica, ni mayor ni menor que la de los demás ingredientes que forman la trama de su rica policromía, el amor. Y en la complejidad inmensa de la vida, el amor puede llegar a constituir un elemento fundamental y decisivo, y aun el más decisivo y fundamental. Considerado en su pureza, es un momento ideal y abstracto—ni más ni menos que los demás—en el curso concreto de la vida. No existe en ella del mismo modo que no existen círculos, ni triángulos, ni lo verde, ni lo agradable, ni lo elegante, ni lo alto, ni lo bajo. Nada existe en su pureza y en su perfección. Pero existen personas y cosas altas y bajas, agradables y desagradables, elegantes o inelegantes, blancas o verdes o azules... Y existen vidas que transcurren impregnadas de amor.

El amor aparece siempre complicado con múltiples circunstancias psicofisiológicas y físicas, entre las cuales se halla evidentemente el elemento sexual. Ya PLATÓN insistió en la raíz sexual profunda de toda vida amorosa. No reconocerlo así sería simple puerilidad o fuga rosada. Pero aquellas circunstancias no son el amor ni forma parte de su constitución esencial. Se nos dan en el amor o con el amor. No lo son ni lo definen. Prueba de ello es que las mismas circunstancias y complicaciones pueden darse y se

dan en actitudes distintas y aun contrarias al amor. Lo hemos visto en el caso de los "celos" y de los odios, riñas y violencias por "amor". Ninguna de ellas pertenece propiamente a la conciencia amorosa.

El amor puro es, por tanto, un momento ideal en el curso de la vida de la conciencia y aún más estrictamente en el curso total de la vida erótica. Y así como la medicina destaca la salud y la enfermedad, y el derecho, la justicia y la injusticia, y la religión la santidad, destacamos ahora nosotros, en el curso concreto de la vida espontánea, el momento abstracto y sutil del amor.

No existe, pues, el amor puro. Nada hay puro bajo el sol. Pero es preciso tratar las cosas con pureza. Sólo así conseguiremos ponerlas en claro. Es el único camino para llegar a la indispensable "claridad y distinción". En el montón confuso de las cosas que nacen, crecen, fluyen y se desvanecen, tratamos de extraer y destacar los elementos puros que constituyen la estructura de la vida interior. Así, el matemático destaca y trata con pureza las figuras y los números, el físico sus fuerzas y sus campos. También el corazón tiene sus necesidades y sus articulaciones racionales. Tratarlas con pureza —en algún sentido *more geometrico*, como líneas, figuras y planos— es el único camino para llegar a su determinación racional. Sólo así es posible librarse de la "oscuridad y confusión" que implican siempre las cosas impuras, imbricadas en el torrente tumultuoso de la existencia concreta. En otros términos: sólo así es posible intentar elevar el fenómeno del amor a ciencia e intentar una teoría del amor.

Se objetará todavía, acaso, que no es lícito hablar del amor en general como de una cualidad idéntica en todos los actos del amor. En cada acto de amor nos sería dada una actitud específica que es preciso determinar aparte. No es lo mismo el amor paternal que el amor a la ciencia, el amor a la mujer que el amor a Dios. Y aun dentro de cada tipo cada cual tiene su manera de amar. No sería por tanto lícito hablar del amor en singular. El amor constituiría una realidad plural. Es un problema análogo al que se plantea en la consideración del ser, el problema de la analogía y de la univocidad. ¿Cómo es posible definir el ser con independencia de los seres? Cada ser tiene su ser peculiar y específico. Así el amor. Todo acto de amor tiene su peculiaridad irreductible.

Si entrar en la consideración detallada del problema, que nos llevaría a la raíz misma de la ontología, parece indudable que, a pesar de todas las diferencias que no es posible desconocer, lo que hay de propiamente amoroso en toda actividad erótica es el amor en toda su integridad. De otro modo no sería fácil justificar el empleo de la misma palabra. En realidad dondequiera que el amor se halle, desde el amor a Dios hasta las formas más próximas a la vida sensorial, hay el amor en toda su integridad y en toda su pureza. Y fuera de ello no hay estrictamente amor.

JOAQUIM XIRAU